NOTAS

CAUSAS DEL DERRUMBE DEL SOCIALISMO REAL

Jan Patula*

La caída del socialismo real en Europa central en 1989 y la desintegración de la Unión Soviética dos años más tarde, constituye el acontecimiento más importante del final del siglo XX. Para abordar el tema hacemos nuestra la designación del filósofo y sociólogo francés R. Aron, del siglo XX como la “centuria de la guerra total”.¹ Conforme con su interpretación, a partir de 1914 como secuela de la Primera Guerra Mundial se habría instaurado en Europa un proceso de conflagración permanente y global, que luego de la Segunda Guerra alcanzaría escala planetaria. El período de la posguerra, es llamado con razón, de “guerra fría”, ya que no desembocó en una “guerra caliente”, debido al equilibrio del poder nuclear entre las dos superpotencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Equilibrio deno-

minado también del “terror”, ya que por la carrera armamentista y el arsenal atómico acumulado, no sólo por los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino también por otros países, el mundo hubiera desaparecido en caso de una conflagración mundial abierta.²

Al desintegrarse la Unión Soviética y derrumbarse el sistema del socialismo real en Europa central, desapareció la división bipolar del mundo y con ello se dio fin a la guerra fría. Desde la perspectiva de R. Aron, este hecho marcaría el fin de la “guerra total”, el fin del siglo XX.

El estudio sobre el derrumbe del socialismo real puede hacerse de diferentes maneras. Una de ellas, sería un análisis minucioso de los acontecimientos ocurridos desde la formación del primer gobierno no-comunista en Polonia en verano de 1989, hasta la declaración de la desincorporación de la

79

* UAM-Iztapalapa.

¹ R. Aron, *The Century of Total War*, 1955, Boston, The Bacon Press, (original en francés, 1954; hay trad. castellana).

² Cfr. E.P. Thomson, *Nuestras libertades y nuestras vidas*, 1987, Barcelona, Crítica/Grijalbo.

NOTAS

federación soviética en diciembre de 1991. Obviamente, la interpretación de los hechos y su significado varía muchísimo y depende de muchos factores, ideológicos, políticos, nacionales e incluso personales del analista. Sin embargo, tal enfoque, de “corta duración” —para utilizar el término acuñado por F. Braudel— tendría que concentrarse sobre los síntomas y la mecánica del proceso del colapso del socialismo real, sin penetrar en las causas ni en las fuerzas motoras de esa caída.

Otro enfoque consistiría en un examen de las diversas críticas hechas al modelo soviético a lo largo de setenta años y de los movimientos sociales encaminados a su superación. Tal visión proporcionaría un amplio panorama del pensamiento crítico, muy heterogéneo y a veces contradictorio, mostrando los principales intentos de subvertir aquel sistema por otro más democrático y económicamente más eficiente. Dentro de este contexto se sitúa mi estudio: *Europa del Este. Del stalinismo a la democracia*,³ que analiza esta historia “desde dentro” del sistema, y puede interesar a quienes otorgan prioridad a los factores históricos de “larga duración”. Sin embargo, esta interpretación puede también confundir a aquellos que se pierden en el manejo de posiciones críticas y en movimientos sociales de diferente cuño ideológico y político.

En el presente texto pretendo ofrecer un estudio más compacto sobre la genealogía, es decir, los rasgos funda-

mentales y constitutivos de esta formación histórica denominada “el socialismo real”. Para ello me he basado en la teoría formulada por la socióloga polaca J. Staniszkis, quien, utilizando la conceptualización de Hegel y Marx, propone el marco teórico global que —desde mi punto de vista— unifica el proceso diacrónico con la dinámica sincrónica de los años 1985-1990.⁴

El rasgo particular y permanente del socialismo real, pese a la evolución de las formas de dominio (desde las totalitarias a las cuasi autoritarias-burocráticas, a veces de régimen militar) se expresa, en el ámbito económico y en el político, de la siguiente manera.

En la esfera económica se encuentra el carácter político de la propiedad, consistente en el funcionamiento y expansión de todos los tipos de propiedad, incluyendo la privada y que no depende de la capacidad económica de acumulación de cada uno de los sectores, sino de la racionalidad (o lo que se considera como tal) y control de los aparatos del poder.

Como segundo elemento está la forma colectivista de la propiedad, que conduce a que el Estado desempeñe la función exclusiva de regulación económica que, entre otras cosas, significa la anulación de las leyes económicas, del cálculo y de los intereses particulares de diferentes clases y estratos sociales.

⁴ J. Staniszkis, *Ontología socializmi* (Ontología del socialismo), 1990, Varsovia, Ed. Jn Plus Plus, (existe trad. al inglés, publicada por Oxford University Press el mismo año).

³ 1993, México, Siglo XXI-UAM-I.

NOTAS

El estatismo así concebido conduce a contradicciones intrínsecas, dado que el mismo Estado a través de sus aparatos ejerce las funciones derivadas de ser propietario. Además, el Estado controlará el funcionamiento del aparato productivo desde el nivel más bajo hasta la escala macroeconómica (fijación de precios, insumos, tecnología, salarios, etc.), y ejercerá su facultad exclusiva de distribución y mercantilización de los bienes y servicios. Todo ello en una situación falta de articulación, donde los intereses económicos son definidos por las solas relaciones de producción y careciendo de información sobre las necesidades reales de los consumidores —individuales y colectivos— a causa de la supresión del mercado, entendido éste como mecanismo continuo de creación y emisión de información sobre las mutaciones y preferencias de los consumidores.⁵

En el plano político resaltan dos elementos constitutivos que también implican contradicciones. El primero, es la legitimación revolucionaria del poder. Al otorgarle estatus autónomo, independiente de la voluntad de la población y que no necesita verificarse en elecciones libres y competitivas, elimina a los sujetos sociales “históricamente esenciales”. Pero, al mismo tiempo, dicho poder no tiene un mandato social (lo usurpa ideológicamente), necesita entonces de mecanismos de transmisión y control de la sociedad, de instituciones con la función de “correas de transmisión”, como sin-

dicatos, asociaciones profesionales, a veces partidos políticos y otras “organizaciones de masas”, meras coartadas del poder real.

El segundo elemento es el carácter de prerrogativa del poder, que coloca a la política por encima de las leyes y es derivado de la premisa anterior. Se trata de un tipo de dominio totalmente opuesto al legal, en el sentido weberiano. En tal sistema también la sociedad opera de manera diferente; privada de constituirse en lo que Hegel llama “la sociedad civil”, no puede articularse más que en momentos de crisis y, además, sólo lo puede hacer de manera violenta.⁶

Otros rasgos propios del socialismo real, como las reglas de la dinámica, la reproducción social y la homogeneización del sistema, que conllevan las contradicciones entre los presupuestos ideológicos (la apariencia hegeliana) y su funcionamiento real —que en mi opinión, complementan la teoría de J. Staniszkis— son necesarios para conocer el cómo y el porqué del derrumbe del socialismo real, y los trataré en la segunda parte de este ensayo. Adoptando el esquema de Staniszkis sobre la crisis y el derrumbe del socialismo real, analizaré éstos en tres planos, el económico, el político y el de la relación de los países de Europa central con la URSS, cada uno con su dinámica propia, pero interconectados.

Antes de entrar en el análisis de la descomposición progresiva del llamado modo de producción socialis-

⁵ *Ibid.*⁶ *Ibid.*

NOTAS

82

ta, quisiera detenerme —lo que no hace Staniszki— en presentar el modelo económico soviético. Como es sabido, éste se instauró en la URSS a fines de los años veinte y fue impuesto por la fuerza —incluso con las bayonetas del Ejército rojo, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En la literatura especializada y de divulgación, dicho modelo se denomina “socialista clásico”, “impositivo-distributivo”, “economía centralmente planificada”, “economía de orden y mando”, etc. En la URSS, y más aún en los países de Europa Central, la instauración de dicho sistema no provino de un proceso de maduración de fuerzas productivas, sino de la deliberada decisión política de romper con el sistema capitalista y crear uno nuevo. Si bien las consideraciones ideológicas de crear un sistema sin explotación y de formar una clase obrera (en países donde ésta era poco numerosa) fueron manifiestas, prevalecieron las razones de tipo pragmático.

En resumidas cuentas, se trató de lograr una industrialización acelerada y desarrollar medios de producción y defensa. El propio Stalin, artífice de tal camino, lo dijo: “Sufrimos un retraso y estamos débiles, por consiguiente estamos mal. Si no cambiamos esta correlación, podemos ser vencidos y esclavizados.” Y más adelante, en su mismo discurso a los directores de las principales empresas industriales, no dejó dudas al respecto: “Estamos 50 ó 100 años atrás de los países más avanzados. Tenemos que reducir la distancia a 10 años, porque en caso contrario

estaremos aplastados”;⁷ palabras de las que se desprenden con claridad meridiana la meta y el ritmo de la industrialización.

En cuanto a los medios para tal industrialización, Stalin poco antes había sido públicamente explícito. “La reconstrucción industrial significa transferir los recursos del campo de la producción de artículos de consumo al campo de la producción de los medios de producción.”⁸ Obviamente, el privilegio de este sector de la economía se haría en detrimento de aquél. Asimismo, el militarismo se acentuará tanto en la URSS como en otros países de Europa central, obligados a seguir su modelo.

Esto último, aunado al ritmo de la industrialización y a las formas de acumulación, impuso un sello particular a la vida económica, a la que ya a principios de los años cuarenta O. Lange llamó “economía de guerra”;⁹ muy difícil de mantener por un período largo.

De acuerdo con J. Staniszki, la economía de tipo soviético había sufrido una crisis casi permanente y estructural debido a lo que llama “desarticulación” progresiva del modo de producción socialista. Basándose en la definición de P.P. Rey y de

⁷ Cit. R.V. Daniels (Ed.), *A Documentary History of Communism*, vol. 22, 1964, New York, Vintage Russian, p. 24.

⁸ *Ibid.*

⁹ O. Lange, “The Economic Operation of a Socialist Society”, *Contributions to Political Economy*, Núm. 6 (1987), p. 7-13.

NOTAS

H. Wolpe,¹⁰ un modo de producción no está plenamente articulado cuando las condiciones de su reproducción dependen del funcionamiento de otro modo de producción. La autora considera que el modo de producción socialista nunca había funcionado como un subsistema autónomo porque, desde el principio, para su reproducción tuvo que recurrir a la coerción, como sucedió con la colectivización forzosa del campo.¹¹ Coincidió con J. Staniszkis en que el recurso de las formas coercitivas, incluyendo el trabajo en los *gulags*, formó parte del arsenal antisocialista, tanto por razones éticas como puramente económicas.

Desde el punto de vista cronológico, el primer momento y el más persistente en la desarticulación del modo de producción socialista se refiere a la legalización del sector privado en la agricultura, tal como se autorizó en la URSS y en otros países del bloque soviético pocos meses después de la muerte de J. Stalin, en marzo de 1953. Tal decisión obedeció al reconocimiento de que una privatización parcial de la agricultura (en años futuros, también de los servicios, con distinto grado

según países), resulta necesaria para cubrir las necesidades de consumo que el sector estatal no puede satisfacer.¹² Conforme al carácter político de la propiedad, la concesión al sector privado y en menor escala a las cooperativas (con un tutelaje estatal y burocratización, apenas menor al del sector oficial) no dinamizó la vida económica en su conjunto, sino que, por el contrario, contribuyó a su anarquización. El sector estatal más bien se sintió aliviado de la presión de mano de obra y de los requerimientos de producir más y mejor para el mercado interno. Los dilemas desde 1988 en la URSS, con el llamado sector cooperativo (forma encubierta de actividades privadas), ilustran muy bien ese problema.¹³

La segunda dimensión de la desarticulación del modo de producción socialista se manifestó en la creciente distancia respecto al desarrollo de las industrias de punta: electrónica, computación, robótica, comunicación, etc., evidenciándose la incapacidad sistemática para la innovación tecnológica, tanto en sus aspectos endógenos (producción de mercancías) como en los exógenos (asimilar innovaciones de fuera para dinamizar el conjunto del aparato productivo y el de servicios).

¹⁰ P.P. Rey, "Articulation les modes de dependance aux modes de production dans deux sociétés inégales."

¹¹ S. Staniszkis, "Gospodarka y Polityka w okresie transformacji" (La economía y la política en el período de transformación), en W. Kosek (ed.), *Zamamanie porzadka etatycznego* (Derrumbe del orden estatista), 1988, Varsovia, Instituto de Sociología de la Universidad de Varsovia, p. 40.

¹² Las medidas tomadas por Malekov en la URSS e I. Nagy en Hungría. En mi libro: *Génesis de la Perestroika*, 1989, México, UAM-Í, p. 14-16.

¹³ V.I. Tikhonov, Conferencia en la Universidad de California en Berkeley, 1 de mayo de 1990.

NOTAS

Al respecto cabe mencionar el trabajo de investigación del economista polaco que radica en Inglaterra, S. Gomulka, sobre lo que llama *equilibrium gap*, abismo entre ambos sistemas en lo que se refiere a la división internacional del trabajo.¹⁴ De ahí la necesidad creciente de importación de bienes de capital altamente tecnificados y de préstamos financieros para pagarlos, en todos los países del área durante la década de los setenta y de los ochenta en diferentes grados según cada caso.

El tercer aspecto de la desarticulación del modo de producción socialista en los países de Europa central y oriental se manifestó, y sigue haciéndolo, en la progresiva descapitalización de la industria. A pesar de que los salarios y las prestaciones sociales no sobrepasaron ni sobrepasan el 10 o el 15% de los costos de producción en las fábricas de esa región del mundo — en comparación con 25-35% de los países altamente desarrollados — siempre han existido dificultades insuperables para la formación del capital y la disponibilidad de medios financieros para modernizar el parque productivo.¹⁵ El fenómeno de la escasez de capital se agudizó a tal grado que Staniszkis lo llama “la trituración de la economía por el Estado”, debido a que éste imposibilitó de hecho la formación y

reproducción del capital. La manifestación más evidente del mismo problema se hizo sentir en el creciente déficit presupuestal de todos los Estados de la región.

Finalmente, el cuarto y último momento de la desarticulación del modo de producción socialista se denominó “apropiación de la nomenclatura”. Esta práctica se inició en Polonia y en Hungría en 1988, y consistió en permitir la creación de compañías mixtas de las empresas estatales o de sus partes con la iniciativa privada, nacional y extranjera. En muchos casos, tal facultad legal dio pie a la proliferación fraudulenta de asociaciones fantasmas, con el único fin de poder trasladar los fondos financieros a manos privadas, en su mayoría de gerentes y directores de empresas estatales. La nomenclatura inventó una amplia gama de procedimientos, en mayor o menor grado falaces, para convertirse *de iure* en propietaria de los bienes estatales.¹⁶ Cabe añadir que esa práctica se extendió en el momento de la descomposición del sistema del dominio político, hecho del que hablaremos a continuación.

A lo largo de las últimas décadas, el sistema político sufrió una constante y progresiva erosión debida a la imposibilidad de mantener intacto el princi-

84

¹⁴ S. Gomulka, *Equilibrium Gap*, 1988, Londres, London School of Economics. p. 28-34.

¹⁵ E. Skalski, “Konieczność reformy”, (Necesidad de reforma), *Tygodnik Powszechny*, Núm. 15, 1990, p. 3 y 5.

¹⁶ Para Polonia, véase: M. Oblicki, “Prywatacja: mity i Rzeczywistość” (Privatización: mitos y la realidad), *Tygodnik Solidarnosc*, Núm. 15, 1990. Para Hungría: G. Revesz, *Perestroika in Eastern Europe: Hungarian economic transformation*, Westview, Boulder / Coulder, 1990, p. 149-151.

NOTAS

pio de la legitimación revolucionaria del poder. En otras palabras, ya no fue posible seguir con la usurpación del estatus autónomo del poder (el llamado “papel dirigente” del partido comunista) y relegar a la sociedad y a los sujetos sociales, “históricamente esenciales”, a conformarse con el rol pasivo de receptores obedientes en su función de “correas de transmisión”. En contra del principio del “papel dirigente” del partido comunista, con todos sus derivados prácticos (negativa a la formación de organizaciones sociales independientes y autónomas; tutelaje ideológico sobre la vida científica y artística; extensión de la nomenclatura a prácticamente todas las esferas de la actividad humana), se desarrolló un mayor nivel cultural y educacional de la población (consecuencia del énfasis puesto sobre ello por parte de los detentadores del poder en los primeros años), que condujo al mayor conocimiento de la realidad social, económica y política nacional e internacional, y al ansia de participar en los asuntos públicos del país. En esencia, se trata de premisas para el surgimiento de la sociedad civil.¹⁷

Desde el punto de vista histórico, se pudo constatar la aparición de la sociedad civil en los momentos de graves crisis sociales y políticas, protagonista de la historia en los últimos decenios, cuyas manifestaciones más evidentes son la protesta social en la RDA en 1953, la insurrección húngara en 1956,

la “Primavera de Praga” en 1968 y frecuentes conmociones sociales en Polonia en 1956, 1968, 1970, 1977, 1980-81.¹⁸

Sin embargo, la legitimación revolucionaria del poder recibió el más duro golpe en 1980 con el surgimiento de Solidaridad, el primer sindicato libre y autogestionario en el bloque soviético. Su trascendencia en aquel momento y en la década siguiente, radicó en que el origen de Solidaridad fue una protesta obrera, una huelga en los astilleros “Lenin” de Gdnask, que rápidamente se extendió a otros centros industriales de Polonia. Una de las 21 demandas del movimiento huelguístico del verano de 1980 fue, precisamente, el derecho a formar un sindicato libre y autogestionario, lo que significó un voto de desconfianza — dicho irónicamente — al partido comunista que pretendía gobernar en nombre de la clase obrera.¹⁹

Es digno de rescatar de este movimiento que, desde el principio, planteó de manera embrionaria una nueva visión del sistema político en ese país. Recordando lo que yo mismo escribí hace casi 10 años: “(...) desde el comienzo de la protesta obrera, se planteó el problema de la autoorganización de la clase trabajadora y la sociedad interesada, y de la participación real y efectiva de todos los interesados en cuestiones que les incumben — sean

¹⁸ Sobre los movimientos sociales en Europa del Este, véase mi *Génesis...*, op. cit.

¹⁹ J. Patula, *Revolución y contrarrevolución en Polonia, 1980-1983*, 1984, México, UAM-I, p. 6.

¹⁷ M. Lewin, *The Phenomenon of Perestroika*, 1989, Berkeley, University Press, p. 64-79.

NOTAS

de tipo político, social o económico —, es decir, una democratización de todas las estructuras del poder en Polonia”. Y poco más adelante, observé: “El apoyo de los huelguistas por parte de la *intelligentsia*, el campesinado y los estudiantes, evidenció que se trataba de un asunto global, tal como lo calificó K. Pomian, filósofo polaco: la expresión de un despertar nacional para que Polonia sea verdaderamente Polonia.”²⁰

Otro principio rector de la estructura del dominio político, que era el carácter prerrogativo del Estado, fue minado paulativamente en los últimos decenios. Conforme con el paradigma de J. Staniszkis, que retoma la teoría de E. Frankel,²¹ el “Estado prerrogativo” se caracteriza por la doble regulación del poder. No se trató, como en los casos de los regímenes de Hitler y Stalin — desde cuya observación construyó su teoría — de la existencia de dos estructuras de dominio, el partido y el Estado, en las cuales el primero debería ocuparse de cuestiones estratégicas y el segundo de los asuntos corrientes de la administración estatal, sino que hay que admitir que hubo intentos de “racionalización” del ejercicio del poder entre ambas instancias. El “Estado prerrogativo” se distingue por una delimitación de ciertas esferas de la vida (del partido y del Estado), bajo la regulación del derecho y la sujeción al principio de regulación revolucio-

naria, conforme al cual la política se encuentra por encima del derecho.

En este punto es necesario anotar que esa doble regulación estuvo sujeta a los vaivenes de las coyunturas políticas internas y externas de cada país en cuestión. En términos generales, se puede constatar que en períodos de crisis se ampliaba o se declaraba ampliada la esfera de regulación normativa mediante leyes. En el interior del partido se hablaba (bajo la presión de su base) de respetar las normas democráticas intrapartidarias. En el conjunto de la vida nacional se proclamaba la necesidad de someter a todos los aparatos del poder y a sus directivos (incluyendo a los del partido comunista) al imperio de la ley. Los medios de comunicación y en general la opinión pública, pudieron ventilar los agravios recibidos del sistema de dominio político, criticar los “abusos” del poder, la “arbitrariedad” en la toma de decisiones, las prácticas corruptas, etc. En este contexto, hay que ubicar el clamor de Gorbachov de instaurar en la URSS el “Estado de derecho”, que repite casi desde su ascenso al poder. Pero sofocada cada situación de crisis, siempre se ha vuelto a la doble regulación, es decir, al principio del “Estado prerrogativo”.

Dentro de las manifestaciones de las crisis socio-políticas que minaban las bases del Estado prerrogativo caben no sólo las protestas sociales antes mencionadas, sino también recursos extraordinarios no practicados anteriormente. Pienso en dos casos muy concretos. El primero, la introducción

86

²⁰ *Ibid.*

²¹ E. Frankel, *The dual State*, 1944, Oxford, University Press, p. 7-12.

NOTAS

del estado de guerra en Polonia en diciembre de 1981. En opinión de muchos comentaristas internacionales, en aquella ocasión se debía haber tratado de un "golpe militar"; hubo incluso algunas voces que no dudaron en calificar la imposición de la ley marcial como un "pinochetazo". Además del fervor y la tristeza que predominaron en el primer instante —plenamente justificados— la instauración del estado de guerra en 1981 en Polonia, significó que la esfera de vida bajo la regulación normativa quedó suspendida y "se legalizaron" las prerrogativas de arbitrariedad, e incluso el uso de la fuerza, sin que "el poder siquiera cambiara de persona", como con toda razón lo mencionó el citado K. Pomian.²² Como señala este autor, en esta operación el "Consejo Militar de Salvación Nacional", proclamado como la máxima instancia del poder, fue presidido por el mismo general W. Jaruzelski, quien anteriormente ya había acumulado los puestos de primer secretario del partido comunista, de primer ministro y de ministro de defensa.

El segundo recurso extraordinario, fue el otorgamiento a M. Gorbachov de facultades especiales para gobernar por medio de decretos, tal y como el "Congreso de los Diputados de Pueblo" lo decidió en la sesión de diciembre de 1990. Independientemente de las consideraciones sobre la grave crisis económica, y la de las nacionalidades, cabe observar de que Gorbachov

ya tenía el poder de secretario general del partido comunista y de presidente de la Unión, (antes de presidente del Soviet Supremo) dotado de amplias prerrogativas —mayores que las de un régimen presidencialista.²³ Si hubiera sido únicamente cuestión de frenar más eficazmente la crisis económica y los desaffos nacionalistas, la propuesta de B. Yeltsin de formar un gobierno de unidad nacional con un amplio consenso social y nacional, resultaba la más apropiada. A su vez, los acontecimientos de enero y febrero de 1991 (ocupación militar de edificios públicos en Lituania y Letonia, decretos de autorización del patrullaje de las calles por unidades militarizadas, retiro de circulación de los billetes de 50 y 100 rublos, junto con el congelamiento parcial de las cuentas de ahorro, así como el anuncio de aumentos considerables de los precios) indicaron según numerosos observadores, un giro muy marcado de los proyectos de la Perestroika.²⁴

El tercer plano, que aseguró durante 45 años la cohesión de los regímenes en Europa central, y que sufrió el desmoronamiento en el memorable bienio de 1989-1990, se ubica en la naturaleza de las relaciones de los países de Europa central con la URSS. Estas relaciones revestían un carácter especial, que J. Staniszkis califica como la "cláusula

87

²² K. Pomian, "Stan wojenny" (Estado de guerra), *Kultura*, Núms. 1-2, 1982, p. 8.

²³ J. Patula, "¿Ha muerto la Perestroika?", *Excelsior*, 14/II/91, p. 9-11.

²⁴ M. Scamella, "Imposible conciliar las imágenes contradictorias de Mijail; comprensible estupefacción occidental", *Excél-*

NOTAS

imperial", que se traducía en una tupida red de dependencia de aquéllos respecto al "hermano mayor", como coloquialmente solía llamarse a la URSS.

La "cláusula imperial" tuvo su origen en los tratados de Yalta, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos y la Gran Bretaña accedieron a la petición de Stalin de considerar a la región centroeuropea como una zona de influencia exclusiva de la URSS. A lo largo de los siguientes 45 años, pasó de una condición casi colonial (requisas forzadas del parque industrial y de medios de transporte, así como las relaciones desiguales en el intercambio comercial),²⁵ al status de "socios menores" y subordinados en la división del trabajo, mediante dos organismos de integración obligatoria, en el plano económico, el CAME (COMECON), y en el político-militar, el Pacto de Varsovia.

Ambos organismos, glorificados durante décadas como ejemplo de colaboración y ayuda "fraterna, desinteresada y mutuamente beneficiosa", han sido instrumentos altamente burocratizados en su estructura interna, pero muy eficientes para imponer las políticas económicas, el perfil de las industrias, las especializaciones productivas, la unificación de la política exterior y de defensa, etc.; todo con el propósito de asegurar el papel hegemónico de la

URSS en el concierto internacional,²⁶ casi sin tomar en cuenta las especificidades de cada país y los legítimos intereses de las poblaciones. Bajo estas condiciones, resulta difícil calcular —y quizá irrelevante saber— quién ayudó más a quién,²⁷ si se consideran la ausencia de monedas convertibles, la fijación de precios y servicios según intereses más políticos que económicos y los diferentes criterios de cálculo posibles.

A partir de 1989, tanto las élites políticas de Europa central como de la URSS, llegaron a la conclusión de que las relaciones político-económicas entre ambas partes no correspondían a los anhelos de los pueblos en cuestión y, al mismo tiempo, resultaban incongruentes con las prioridades fijadas en

88

²⁶ Sobre el desenvolvimiento del CAME, véase: M. Zador, "El colapso del CAME", en A. Saldívar, *El ocaso del socialismo*, 1990, México, Siglo XXI, p. 60-74. Sobre el Pacto de Varsovia: J. Patula, "Convergencias y divergencias en el Pacto de Varsovia", *Revista Iztapalapa*, Núm. 21, 1990, México, UAM-I, p. 29-46.

²⁷ En opinión de gente de esos países, se explicaba la escasez de productos por la obligación de entregarlos a los países "hermanos". Numerosos trabajos han hecho hincapié en el carácter de esta "ayuda fraterna". A su vez, dos investigadores, muy prestigiados, de la economía de tipo soviético sostuvieron la tesis, con base en materiales estadísticos, de que la URSS subvencionaba a los países de Europa Central. Cf. P. Vanous Marrese, *Implicit subsidies in Soviet trade with EE*, 1982, Berkeley, University of California Press.

²⁵ J. Wszelaki, *Communist economic strategy. The role of East Central Europe*, 1969, Washington, p. 68-76.

NOTAS

la URSS, en primer lugar, y en Europa central, en segundo. De ahí que la nueva directiva soviética haya renunciado a sus paradigmas de relación con los países centroeuropeos, generando en cambio el llamado internacionalismo proletario y la subsecuente doctrina de Brejnev, que preveía la obligación de intervenir, incluso militarmente, si se encontraran en entredicho “las conquistas socialistas” en cualquiera de los países de la llamada “comunidad socialista”. Todos conocemos los ejemplos históricos de interpretación de este principio (el aplastamiento soviético de la insurrección húngara en 1956 y de la Primavera de Praga en 1968) por los cinco países del Pacto de Varsovia.

La renuncia por parte de la URSS a la “cláusula imperial” tuvo una importancia decisiva para cambiar el sistema de dominio político y el modelo económico vigente hasta 1989. Como caso especial, la RDA hizo posible la reunificación alemana, consumada en un lapso extremadamente breve. Aquí radica el mayor mérito de la Perestroika, y más precisamente del *novoye myslenye* (nuevo pensamiento), tal como suele llamarse al giro en la política exterior soviética, bajo la dirección del ministro de relaciones exteriores de la URSS, E. Schevernadze. Independientemente de las desconocidas intenciones soviéticas, hay que reconocer que se trató de una ruptura con la línea política tradicional de la URSS. Esta ruptura se produjo a pesar de la oposición de las fuerzas conservadoras, fundamentalmente dentro del ejército, a “abandonar a los países de Europa

central”, sin siquiera disparar un tiro. Y. Gersimov, entonces portavoz del ministerio de relaciones exteriores de la URSS, replicó a esos ataques diciendo que su gobierno no estaba dispuesto a seguir apoyando a los regímenes estalinistas, autoritarios y corruptos hasta la médula.²⁸

En conclusión, los propios rasgos inherentes al socialismo real, los que constituyeron su naturaleza y sus fundamentos a lo largo de varias décadas, contenían en sí los gérmenes de su descomposición. Y el derrumbe se produjo gracias a la combinación afortunada de múltiples factores en el plano económico, el político y en el de las relaciones internacionales, con la participación de numerosos actores individuales y sociales. Discernir cómo se conjugaron todos estos factores y acciones de protagonistas sociales y personales debe ser tarea para un historiador que cuente con una amplia bibliografía documental al respecto.

En todo caso, insisto en que se trató de una “muerte largamente anunciada”, parafraseando el título de la conocida novela de García Márquez.

²⁸ “Gersimov refuta las críticas”, *Excelsior*, 1/II/90, p. 3.